

marzo 24/57 m

LOS DUELOS EN ALHAMBRA

Por

Carlos Robreño

PARA algunos "Alhambra" fue en su tiempo un lugar pecaminoso, donde sólo se rendía culto a la pornografía.

Otros, los más, desde luego, tenían para el viejo edificio del pequeño coliseo de la calle Consulado, consideraciones de catedral del teatro vernáculo.

De todos modos, hay que convenir que el género que allí se ofrecía era de carácter frívolo, de limitaciones de sainete. Sobre el escenario alhambresco, noche tras noche, el negrito y el gallego se enfrascaban en graciosos diálogos provocando la jubilosa reacción del auditorio, en tal forma que el desaparecido Enrique Uthoff lo calificó de "teatro del regocijo". Y la mulata sandunguera, con su amplia bata de hilo y su manta de burato marcaba los pasos de una rumba cubana sin los histerismos del "mambo" y del "rock and roll".

Nadie podía pensar que, en muchas ocasiones, cuando después de la tercera tanda, el público abandonaba el local, el telón de boca se había bajado y casi todas las luces se apagaban, el mozo de limpieza quedaba realizando sus labores para que el "tablado de la antigua farsa" amaneciese a la mañana siguiente convertido en campo de honor, donde habrían de dirimir sus querellas caballerescas las figuras más connotadas de aquel entonces en la política o en el periodismo.

X X X

En este país de los viceversas, semejante contradicción no parecía extrañar.

Y así se comprende que en cierta ocasión, Enrique Loynaz del Castillo, general de nuestras luchas libertarias, político de acción, militando bajo la bandera del Partido Liberal, cruzara su acero con Fernando Quiñones, representante a la Cámara, director del periódico conservador "El Día", sobre la misma escena en que horas antes, Regino López y Eloísa Trias hacían las delicias de los asiduos alhambrescos con sus festivas caracterizaciones.

Todavía en aquella época el duelo conservaba cierto prestigio caballeresco y los combatientes escudían a aquella cita de honor, convencidos de que asistían a un encuentro singular que podía tener trágico colofón, como había sucedido cuan-



TRIMONIO
UMENTAL

do Pancho Varona Murias abatió de un pistoletazo a Pascasio Alvarez; cuando Duzuvil atravesó el pecho de Jorrín y cuando el joven Rodolfo Warren encontró la muerte a manos de su adversario, un distinguido joven de nuestra sociedad.

Era la época en que a la palabra insultante se le concedía su verdadero alcance afrentoso y al surgir en medio de la polémica política o periodística, se exigía una reparación por medio de las armas.

X X X

Pero no fue el duelo entre Loynaz del Castillo y Quiñones, muerto este último, pocos meses después, en la esquina de Prado y Virtudes, envuelto en un drama pasional, el único desafío caballeresco celebrado sobre el alegre escenario del coliseo de Consulado y Virtudes.

"Pepín" Rivero, muy joven aún, iniciábase en sus actividades periodísticas, escribiendo en vida de su padre, Don Nicolás, unas "Impresiones" que ya revelaban su calidad de gran ironista. Acaso una frase suya provocó la respuesta airada de otro periodista que tampoco había alcanzado la madurez de los años. Fungía como director de "La Noche", después de haber iniciado sus labores en "La Prensa" calzando sus artículos humorísticos con el pseudónimo de "Tit Bits". Nos referimos a nuestro compañero Antonio Iraizoz, actual colaborador de este diario.

El diálogo fue subiendo de tono y como era costumbre, se nombraron los padrinos por ambas partes, celebrándose el desafío en "Alhambra", a través del cual los dos adversarios dieron muestras de exaltado valor. Fue ese el único duelo que aceptó "Pepín" Rivero, el gran polemista, pues al asumir la dirección plena del "Diario de la Marina", rehusó todos los que posteriormente le plantearon, por los mismos motivos religiosos que también había observado su padre, quien sin embargo, dejó cesante a un redactor que rehuyó un encuentro caballeresco. Don Nicolás entendía que todos los que trabajaban junto a él, tenían que responder con la espada, si era llegado el caso, de las palabras que escribían con la pluma.

X X

Otros muchos lances de honor se verificaron en el escenario de "Alhambra" o en el patio contiguo a la sala de la platea y en casi todos ellos intervenía, debido a sus grandes conocimientos de la materia y su serenidad en los momentos difíciles, otro redactor de EL MUNDO, ya fallecido y padre de nuestro fraternal Héctor Alonso. Nos referimos a Eduardo Alonso, crítico teatral que popularizó su sobrenombre de "Amadís" y que era llamado en calidad de padrino o juez de campo por los combatientes.

Wifredo Fernández, político de proyecciones nacionales y sesudo periodista, también se batió en cierta ocasión, con el maestro Loustalot, sobre el tablado alhambresco en un encuentro emotivo. El profesor de armas había sido descalificado, según las reglas del Marqués de Cabiñana, por haber rehusado un lance debido a determinadas circunstancias y Wifredo Fernández, acaso por espíritu de nobleza, le planteó una nueva cuestión de honor con objeto de reivindicarlo.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

En este caso, Lostaulot aceptó el encuentro, que se efectuó igualmente en el escenario de "Alhambra", pero al advertir el viejo periodista que el profesor en algunos instantes podía haberle atravesado el pecho con su espada y no lo había hecho, retirando el arma prudentemente, pidió que se suspendiera el duelo, porque él no estaba en condiciones de combatir en situación de inferioridad, como se demostraba con un adversario que le perdonaba la vida.

Y con la intervención de padrinos y el juez de campo, un abrazo selló aquel acto plétórico de caballerosidad y gentileza por ambas partes.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA